

del año 1962. Sobre el conjunto de España aparecen mapas sobre la industria de aparatos eléctricos de control (1941) y sobre la de componentes de automóvil (1950), pero, de nuevo, los de más valor son los que forman parte de una gran colección que refleja la situación general de la industria durante la segunda mitad de la década de 1970; con mapas sobre las industrias automovilística, química (por ramas) y de electrodomésticos (1975), alimentarias, papeleras, y del INI (1976); o con la distribución del empleo industrial (1978).

La etapa más reciente incluye mapas novedosos sobre los principales sistemas locales (1990-2000), la red eléctrica (2000), la empresas de ingeniería (1998), las máquinas herramienta y los electrodomésticos (1999), o la industria cementera (2000).

Comparando el peso que poseen los textos y las imágenes en el conjunto de la obra es fácil deducir que los autores han dado mayor importancia al lenguaje escrito que al cartográfico, lo cual puede considerarse normal pues proceden de un campo, la historia económica, en el que el instrumento fundamental para transmitir el conocimiento es el lenguaje escrito. Ahora bien, tal circunstancia no deja de llamar la atención si nos fijamos en el título y comprobamos que los autores han optado por definir a su obra como un Atlas. Un Atlas es, en sentido estricto, una colección de mapas, y, en consecuencia, el mayor peso de los materiales que contiene debería corresponder siempre a los documentos gráficos y cartográficos y no a los textos. En un Atlas la principal fuente transmisora de las ideas o de las realidades debe ser la imagen, y para ello los materiales gráficos han de tener la calidad técnica y semiológica adecuadas, o bien un peso significativo en el conjunto de la obra.

Los autores dejan constancia en el prólogo de que sus objetivos «no se satisfacen con una secuencia de mapas y otras representaciones más convencionales», ya que «por muy expresivas que sean las imágenes no hablan nunca del todo por sí solas», y, tal vez, consecuencia de ello es el claro desequilibrio que existe entre unos textos magníficos y unas imágenes que aunque en algunos casos tienen gran valor, en otros muchos no alcanzan el nivel expresivo óptimo.

De las algo menos de 800 imágenes unas cien son fotografías, muchas de ellas interesantes. Sin embargo, no se han extraído de este material todas sus posibilidades, pues no se ha llevado a cabo la preceptiva lectura de las fotos que hubiese permitido seleccionar aquellas capaces de enriquecer la información que proporcionan los mapas y los gráficos a los que acompañan. Además,

sin pies de fotos explicativos, las fotografías han quedado relegadas a cumplir un papel secundario, prácticamente decorativo.

Los gráficos superan el número de 300 y tienen el interés normal de este tipo de representaciones, las cuales, por sus características, no pueden representar las diferencias que existen sobre la superficie terrestre. Por ello, desde mi punto de vista, en los atlas su número debería de ser limitado y su papel secundario.

Los mapas, por su parte, constituyen el mejor material gráfico del *Atlas*, aún cuando se trata de un conjunto muy heterogéneo. En unos casos, por el tipo de información vertida y, en otros, por las características de las bases gráficas utilizadas para ilustrar la distribución espacial de los fenómenos. A este respecto, tal vez sean excesivos los realizados con información general relativa a las provincias o a las Comunidades Autónomas.

Los mapas verdaderamente interpretativos de la distribución espacial de la industria, aquellos que se acercan más a su localización real, suponen un centenar, que no son pocos dado el nivel actual de la cartografía temática española (incluida la realizada por el colectivo de geógrafos), la mayor parte de los cuales han sido citados de forma individualizada en los párrafos dedicados a describir los contenidos del libro.

Por todo ello, se trata de una obra imprescindible, pues al valor absoluto de algunos materiales, como los textos o ciertos mapas, añade el valor relativo de unas imágenes que, aunque creemos que en ocasiones son mejorables, forman parte de uno de los mejores conjuntos gráficos existentes sobre la historia industrial de España.— GASPAR FERNÁNDEZ CUESTA

### *Sobre la historia de las ideas paisajísticas\**

El libro objeto de esta reseña recoge las ponencias presentadas en el Seminario del mismo título que se celebró en Soria, en julio de 2003, organizado por el Instituto del Paisaje de la Fundación Duques de Soria y dirigido por Nicolás Ortega Cantero. Es, en este sentido, continuación de la serie de publicaciones destinadas a divulgar los resultados de los distintos *Seminarios del Paisaje* que, desde 1997 y con periodicidad anual, viene

---

\* ORTEGA CANTERO, Nicolás (editor): *Naturaleza y cultura del paisaje*, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid / Fundación Duques de Soria, Madrid, 2004, 221 págs.

organizando el mencionado Instituto, cuya dirección desempeña Eduardo Martínez de Pisón<sup>1</sup>. Y es, asimismo, una muestra nueva y ejemplar de una determinada forma de concebir el paisaje y, más allá de éste, la disciplina geográfica que desde hace tiempo ha distinguido a los dos autores señalados y al resto de los colaboradores (Julio Muñoz Jiménez, Antonio López Ontiveros, Josefina Gómez Mendoza, Francisco Quirós Linares, Valentín Cabero Diéguez y Guillermo Morales Matos, a los que se añade aquí el joven Daniel Marías Martínez, coautor de una de las contribuciones) que participan en esta obra: el título de la misma, *Naturaleza y cultura del paisaje*, resume bien esa concepción que, sin escapar de preocupaciones y compromisos plenamente actuales, recupera y reivindica la mirada de la mejor tradición geográfica moderna. Una mirada que, como recuerda el editor del libro desde sus primeras páginas, se aproxima al paisaje como «expresión visible de un orden natural que incluye al hombre y requiere, para ser entendido, aunar la explicación (naturalista) y la comprensión (cultural)»; ejercitar simultáneamente la razón y el sentimiento, las facultades científicas y las artísticas; atender a las dimensiones visibles (formales y materiales) y a las valorativas (cualidades y significados); desentrañar, en definitiva, con ambición global e integradora, las complejas relaciones que tejen —y destejan— la naturaleza y la cultura.

Las ocho contribuciones de que se compone el libro se pueden agrupar en cuatro partes diferenciadas. La ponencia inicial («Naturaleza y cultura en la visión geográfica moderna del paisaje»), a cargo de N. Ortega Cantero, sirve en buena medida como una introducción a los temas y a los planteamientos conceptuales que se desarrollan en el resto de la obra. El autor aborda los orígenes del paisajismo moderno (que se gesta en la Europa de la segunda mitad del XVIII y comienzos del XIX en relación con el movimiento romántico) atendiendo, sucesivamente, a tres planos: el del arte, el de la ciencia y, dentro de ésta, el de la primera geografía moderna. Las claves definitorias de esa concepción, así como sus hitos y referentes fundacionales (de Rousseau

a Humboldt, pasando, entre otros, por Senancour, Friedrich, Turner, Saussure o Ramond), quedan bien sustentadas en un capítulo que, dialogando continuamente entre los tres planos descritos y valorando el legado de aquella época a la luz de la evolución más reciente de las concepciones geográficas del paisaje, anticipa también algunas de las aportaciones principales del libro, a las que me referiré más adelante. En el mismo horizonte general e introductorio se mueve la ponencia de J. Muñoz Jiménez («El orden natural del paisaje»), un panorama rápido, a la par que acertado y clarificador, de cómo la geografía académica contemporánea se ha aproximado a los componentes naturales del paisaje, y en el que el autor examina cinco etapas y enfoques importantes: la geografía decimonónica, la positivista, la clásica (con su doble perspectiva regional y ecológica), la ciencia del geosistema y la llamada geografía física global (o análisis integrado del paisaje).

A estas dos contribuciones iniciales sigue un bloque de tres ponencias en las que se tratan, respectivamente, algunos paisajes modélicos en la historia del paisajismo moderno: el paisaje de montaña, el rural y el jardín urbano. La ponencia de E. Martínez de Pisón («El paisaje de montaña. La formación de un canon natural del paisajismo moderno»), la más extensa, con mucho, del libro, traza magistralmente la historia de la imagen cultural de la montaña en general, y de la montaña alpina y pirenaica en particular, desde el renacimiento hasta los años iniciales del siglo XX. Un largo itinerario que supone, por lo pronto, como bien resume el autor recuperando la feliz expresión de Manuel de Terán, una transformación desde el mito (la montaña como morada con significado religioso) al *logos* (la montaña como objeto prioritario de atención para el conocimiento científico de la naturaleza), que se fragua principalmente con la ilustración y el movimiento romántico. Y que supone, asimismo, un cambio radical en la percepción cultural de estos paisajes (de ámbitos temidos, hostiles y desagradables a paradigmas de la belleza estética y la pureza moral), o incluso su «descubrimiento» en cuanto tales, no exento de contradicciones e incluso de riesgos desfiguradores:

«de un vacío sin paisaje —escribe el autor (pág. 65)— ha nacido un paisaje asociado a una nueva estética y a una renovación ética de la naturaleza. El desarme del mito es rellenado por una valoración cultural. Y ésta, finalmente, es aprovechada por una economía del turismo o de la naturaleza, que la vuelve producto mercantil».

La ponencia se centra, en primer lugar, en los ámbitos fundacionales de este cambio (el mundo alpino, y,

<sup>1</sup> Entre las publicaciones derivadas de anteriores ediciones de este Seminario, recuérdense las dirigidas por Martínez de Pisón (*Paisaje y Medio Ambiente*, 1998; *Estudios sobre el paisaje*, 2000) y F. Zoido y C. Venegas (*Paisaje y ordenación del territorio*, 2002) Fruto de un Encuentro celebrado en el marco del mismo Instituto fue el libro editado por el propio Ortega Cantero (*Estudios sobre historia del paisaje español*, 2001). Con anterioridad cabe mencionar las vinculadas al desaparecido Seminario de Medio Ambiente (1993-1996), antecesor del Instituto del Paisaje en el seno de la Fundación Duques de Soria, que dirigiera Jesús García Fernández.

posteriormente, el del Pirineo francés), antes de descender al caso español (en el que los cánones de la cultura paisajística europea no se incorporan plenamente hasta fines del XIX y principios del XX) y se afana en reconstruir la riqueza y complejidad de la imagen cultural moderna de la montaña, en la cual se aúnan e interrelacionan significados estéticos, científicos, morales, educativos y deportivos. El descubrimiento cultural de la montaña entrañaría, paradójicamente, el inicio de su explotación económica y turística, como también la necesidad y el germen de las políticas de conservación de la naturaleza, de las que dan referencia algunas de las páginas finales de la ponencia.

Itinerario y propósito parecidos, aunque con menos detalle, sigue la contribución de A. López Ontiveros, relativa al «Descubrimiento y valoración histórica de los paisajes rurales» en Europa occidental. Tras una breve alusión a los antecedentes tardomedievales y renacentistas (período en el que el paisaje surge, sobre todo en el arte, como «producto cultural»), el autor se detiene, esencialmente, en dos momentos y formas de valoración del paisaje rural: la ilustración y el romanticismo. A los ilustrados —y sobre todo a su literatura viajera— corresponde realmente el descubrimiento y la valoración máxima de los paisajes rurales, de acuerdo con una ideología fisiocrática, de espíritu utilitario y reformista, que se recrea en los paisajes fértiles y cultivados y propugna la explotación agrícola y repoblación forestal de las tierras yermas y abandonadas. Por el contrario, el romanticismo desarrolla nuevas categorías estéticas y una predilección, bien conocida, por la naturaleza más agreste, escarpada y solitaria (en especial la montaña y el bosque). Aun con ello, la literatura romántica contiene descripciones espléndidas de paisajes agrarios, en las que priman connotaciones simbólicas, estéticas o psicológicas y subyace, con frecuencia, una valoración nostálgica e idealizada del mundo campesino.

La ponencia de J. Gómez Mendoza («Paisaje y jardín: la plasmación de la idea de naturaleza») resume, sustancialmente, el discurso de ingreso de la autora en la Real Academia de la Historia. Se trata de un original ensayo de «geografía histórica de los recursos» y, a la vez, «un estudio de historia política y administrativa» que trata de reconstruir la evolución de los espacios arbolados de la ciudad de Madrid desde fines del siglo XVIII hasta comienzos del XX a la luz, no sólo de la evolución de las ideas y técnicas urbanísticas y de jardinería, sino también de las notables transformaciones políticas y sociales acontecidas en este período. Partiendo de la inmensa superficie vinculada al patrimonio de la

Corona (los Sitios Reales interiores, periurbanos y extraurbanos), que las sucesivas revoluciones liberales irán abriendo, en buena parte, al disfrute público, Gómez Mendoza aborda, entre otras cuestiones, la génesis de los grandes paseos arbolados capitalinos, todavía impulsados por la Corona con un sentido eminentemente arquitectónico, ornamental y recreativo; el giro representado por las primeras administraciones constitucionales, bajo las que se impone una visión mucho más ambientalista e higienista (plazas arboladas, parques y bosques periféricos), al servicio de las necesidades de la nueva élite burguesa; la llegada y la repercusión paisajística de nuevas modalidades de jardinería (como el jardín paisajista y el inglés) ... Un singular itinerario por la geohistoria contemporánea de los espacios verdes madrileños que la autora presenta, en expresión audaz, como un estudio de los «modos de plasmar la naturaleza en la ciudad y de gestionar la naturaleza urbana».

Las dos siguientes contribuciones del libro, escritas, respectivamente, por F. Quirós y V. Cabero, indagan en la historia de los estudios de paisaje en la geografía española posterior a la Guerra Civil. La ponencia de Quirós («El paisaje urbano en la geografía española moderna») intenta esclarecer las causas de la tardía incorporación de la temática urbana a la geografía española y se centra, posteriormente, en el período 1940-1970 y en dos figuras claves —José Manuel Casas Torres y Manuel de Terán Álvarez—, con sus respectivas escuelas. Sin minusvalorar el interés de los estudios de geografía urbana de la escuela vinculada a Casas Torres (coronados por la tesis de J. Bosque Maurel sobre Granada), el autor se detiene sobre todo en las aportaciones de Terán, demostrando su fecunda y prolongada atención a la dimensión urbana (con frecuencia menos conocida o valorada que otros aspectos de su obra) y, en particular, la evolución teórica y metodológica de los trabajos que consagró a la ciudad. Evolución culminada en el decenio de 1950 con la concepción de un proyecto de estudio general de la capital madrileña (incluyendo sus suburbios y «contornos») que desarrollarían en buena medida sus discípulos y que, aparte del uso amplio de fuentes de información primarias, incorpora ya plenamente las corrientes de renovación procedentes de las ciencias sociales de la época, empezando por la concepción del paisaje urbano como reflejo de una estructura social determinada.

La contribución de Cabero («El paisaje en la geografía española actual») repasa, en términos muy resumidos —en cualquier caso igualmente clarificadores y útiles—, el origen y las principales tendencias de la in-

vestigación geográfica sobre el paisaje desde la década de 1970 hasta hoy. En un meritorio esfuerzo de sistematización (aunque falto de referencias bibliográficas explícitas), el autor distingue cuatro líneas temáticas relevantes en la evolución más reciente y actual: áreas de montaña; procesos de modernización y transformación de los usos del suelo; procesos de abandono y sustitución; y estudios sobre paisajes forestales. El apartado que completa la ponencia, aun rebasando el tema recogido en el título de la misma, reviste gran interés, por cuanto en él el autor propone «una mirada transversal sobre los paisajes» en la que atiende (en este caso con bastantes ejemplos bibliográficos) a las aportaciones que sobre esta temática están realizándose recientemente por parte de otras disciplinas, tales como la historia, la arqueología, la antropología, la etnología, la ecología, la arquitectura y determinadas ingenierías. Una auténtica «eclosión de estudios», a juicio del autor, que refleja la creciente preocupación intelectual y social por el conocimiento y la conservación de los paisajes, así como una ética urbanística y de ordenación territorial cada vez más sensible en el tratamiento de las relaciones entre sociedad y naturaleza, frente a «la devoción tecnológica y el pragmatismo utilitarista» de etapas históricas anteriores.

La ponencia que cierra el libro («Naturaleza, cultura y paisaje en las islas Canarias. El ejemplo del Bosque de Doramas»), a cargo de G. Morales y D. Marías, expone un interesante estudio de caso, planteado desde una perspectiva histórica larga, sobre las relaciones entre la valoración cultural e ideológica de un determinado paisaje, la evolución de sus dinámicas naturales y aprovechamientos humanos, y en último término, la de las políticas encaminadas a ordenarlo o gestionarlo. Los autores se centran en un paisaje natural singular de la isla de Gran Canaria, el de la montaña de Doramas. Asiento de una de las principales masas de laurisilva existentes a la llegada de los españoles, hoy día prácticamente desaparecida a causa de su explotación histórica, conforma al mismo tiempo un ejemplo canónico y representativo del destino que ha sufrido este bosque en el resto del archipiélago. Haciendo uso de fuentes literarias, historiográficas y científicas diversas, la ponencia resume la evolución de la imagen cultural de este paisaje desde el siglo XVI hasta la época contemporánea, reconociendo en ella dos etapas principales.

La primera estaría definida por la construcción de una imagen mítica e idealizada del mismo, que se gesta desde los años posteriores a la conquista española y perdura, con matices, hasta bien avanzado el XVIII. Esta imagen, que atribuía al bosque de Doramas una feraci-

dad extraordinaria y hasta una milagrosa capacidad de autorregenerarse, serviría también, según afirman los autores, para legitimar una explotación productiva intensiva (dirigida sobre todo a la obtención de madera), desencadenante directo de su progresiva e irrecuperable regresión. Sólo a partir de la segunda mitad del XVIII, bajo el auspicio de determinados naturalistas ilustrados (como el canario José Viera y Clavijo), y sobre todo a lo largo del XIX, se produce el tránsito hacia una mirada mucho más realista del legendario bosque, consciente de la degradación histórica del mismo y a caballo entre la crítica de la continuidad de un modelo de explotación esquilante y la nostalgia literaria por el «tesoro perdido». Las reflexiones finales que introducen Morales y Marías sobre los ambiciosos programas de recuperación de esta laurisilva (hoy relictas y protegidas legalmente) emprendidos en los últimos años por los gobiernos insulares y autonómicos, bajo la égida del nacionalismo canario, demuestran, sin embargo, la vigencia del viejo mito (en la práctica un «metapaisaje», un paisaje imaginado e idealizado más implícito que real, en expresión sugerente de los autores) entre algunas élites locales, así como las contradicciones y riesgos que encierra su utilización política e ideológica.

*Naturaleza y cultura del paisaje* constituye, en definitiva, una excelente y original aportación a la historia de las imágenes culturales modernas del paisaje, en general, y del pensamiento geográfico en particular, en un contexto académico (nacional e internacional) cada vez más consciente e interesado por la variabilidad histórica y geográfica de este tipo de imágenes, así como por las implicaciones que han tenido, tienen o pueden tener sobre la gestión y en general el uso —a veces abuso— de los paisajes a que se refieren. Y es que, más allá de los hallazgos o confirmaciones que cada una de las ponencias pueda aportar, individualmente, a la historia y la epistemología de la geografía (como, por ejemplo, la sistematización de una determinada secuencia histórica de cánones o modelos de percepción del paisaje compartidos por la cultura occidental; la plena inserción de la tradición geográfica moderna en el contexto filosófico, artístico y científico dominante en cada época; la valoración del alpinismo pionero como un campo verdaderamente cultural; el interés de una historia de las ideas territoriales, en sentido amplio, que rebase el ámbito estricto de la geografía académica y atienda a otros especialistas y géneros; la importancia de la faceta urbana de la obra de M. de Terán; el interés pluridisciplinar reciente por el paisaje; o el concepto, antes citado, de *metapaisaje*), el libro puede ser leído y valorado globalmente,

según se indicaba a comienzo de esta reseña, como expresión de una determinada forma de concebir la disciplina y, más allá de ella, el paisaje. Una expresión que es, sin duda, reivindicación, defensa o reafirmación de unos principios más o menos compartidos por los autores (el valor y actualidad de la tradición geográfica moderna, empezando por su manifiesta ambición integradora y cultural, humanista, frente a determinadas formas posteriores de entender la disciplina y el paisaje, de carácter mucho más unilateral y sesgado; la utilidad de la mirada, de la vista, como instrumento de conocimiento geográfico; la necesidad de una convergencia geográfica e interdisciplinar en el estudio del paisaje; el propio potencial del paisaje como tema integrador y convergente, etc); pero que tampoco rehuye la crítica y hasta la condena explícita de determinados rumbos y procesos recientes. Crítica, por ejemplo, a la urbanización y a la banalización mercantil y especulativa de la montaña, así como a la evolución reciente y actual del alpinismo, cada vez más deportivo y desprovisto de sus valores culturales originarios (Martínez de Pisón); al progresivo olvido urbanístico —aparentemente en cauce de superación— de las dimensiones ambientales y sostenibles en la ciudad (Gómez Mendoza); al carácter excesivamente naturalista (si no biólogo) de las políticas de conservación de la naturaleza en España, a menudo insensibles a los valores de la cultura campesina (Cabero); o a la manipulación política e ideológica interesada, además de anacrónica, de determinados mitos paisajísticos (Morales y Marías).

Como se apunta en una de las contribuciones del libro, «los hombres no sólo habitan sus territorios, los aprovechan o sobreviven en ellos; también sueñan los sitios en los que viven y, por ello, los lugares tienen espíritu» (Martínez de Pisón). «Retomar actitudes científicas y pedagógicas de carácter integrador que tengan una referencia ineludible en la enseñanza de los paisajes» y contrarresten «desde el conocimiento y la sensibilidad geográfica las visiones isotópicas y uniformes» (Cabero); «refundar el espacio público como lugar de civilidad y urbanidad», de manera que el urbanismo y la ordenación tengan en cuenta «la singularidad del lugar» y sepan «reconocer las formas inagotables de la naturaleza en la ciudad» (Gómez Mendoza); «abrir los ojos y ver», en fin, para acercarse al mundo «con una mirada al tiempo explicativa y comprensiva, abierta a la vez al mundo de la ciencia y del sentido» (Ortega Cantero), son varios de los caminos que esta obra nos propone para aprehender ese espíritu de los lugares.— JACOBO GARCÍA ÁLVAREZ (Universidad Carlos III de Madrid)

### *Burgos, la mirada del geógrafo\**

Cajacirculo ha editado la Tesis Doctoral del joven geógrafo Gonzalo Andrés López, nacido el año de la muerte de Franco. Una ciudad, Burgos, dos siglos (XIX-XX) y tres conceptos (crecimiento, estructura, forma), sostienen la obra que sin ambages debe ser valorada como una aportación sustancial, pues hay en ella principios y método. Su lectura corrobora que la Geografía es una de las disciplinas que más puede decir acerca de la ciudad, por la diversidad de variables con que juega para facilitar la comprensión de lo complejo, para relativizar y poner en cuestión las realidades observadas. Lo que equivale a decir una ciencia esencialmente didáctica, así fue entendida ya en la Grecia clásica, como saber reductible a términos de divulgación. Su manera característica de razonar, y el contacto directo con el terreno, han permitido además que la Geografía se mantenga suficientemente alejada del endeble discurso urbanístico a la moda, construido por regla general con el diccionario de neologismos santificadores del sistema de mercado. A la vista de trabajos como el que se comenta, la ciencia geográfica parece conservar *la cabeza fría* ante el escenario urbano, lo cual la convierte en herramienta privilegiada: para los ciudadanos, pues da sentido a su entorno, y para la Administración dado que la Geografía ofrece los datos fundamentales a tener en cuenta en el gobierno de la ciudad.

La presentación de la Tesis es muy acertada, y su tratamiento gráfico exhaustivo: 326 figuras, casi un centenar de tablas y otro tanto entre gráficas y planos. Todo ello con pertinencia, pues por ejemplo la extraordinaria colección de fotografías (quizá alguna reiterativa) es puro material de investigación, mientras los numerosos planos de conjunto o detalle fijan espacialmente la práctica totalidad de los extremos considerados: propiedad, promoción inmobiliaria, diferenciación interna entre otros. Bien es verdad que la carga de figuras podría haberse aligerado para rebajar el volumen de papel resultante, pero eso hubiera chocado con el deseo de publicar íntegramente el trabajo. En todo caso los planos y fotografías facilitan la lectura y otorgan al libro un atractivo muy superior al que suelen poseer las obras geográficas. No es este un problema menor, pues los planteamientos editoriales de obra densa, conceptuosa e iconoclasta res-

\* ANDRÉS LÓPEZ, G.: *La estructura urbana de Burgos en los siglos XIX y XX. El crecimiento y la forma de la ciudad*, Cajacirculo, Burgos, 2004, 2 vols., 419 y 439 págs.